

desgraciado instrumento del predominio francés en Europa, y en Alemania en particular, si bien la influencia de este instrumento no fué en realidad tanta como se ha dicho. La idea fundamental de la liga del Rhin no fué una utopía política ni una empresa antipatriótica.

Además de la Francia y acaso con mayor ventaja inmediata que ésta entró en la liga otra potencia extranjera, bien que al propio tiempo miembro del imperio, á saber: la Suecia, por los territorios de Bremen y Verden. Su ingreso en la liga hizo imposible la participacion del Brandeburgo, y además servía para el rey Carlos Gustavo de garantía de sus territorios alemanes y le cubría la espalda.

No es aquí el lugar de entrar en las largas negociaciones que finalmente dieron origen á la liga y que han sido descritas recientemente con la mas angustiosa minuciosidad.

En 15 de agosto de 1658, cuatro semanas despues de la eleccion del emperador, fué firmada en Francfort el acta de la nueva alianza por los plenipotenciarios de los príncipes unidos, que eran los tres electores eclesiásticos de Maguncia, Colonia y Tréveris, el obispo de Munster, el conde palatino Felipe Guillermo de Neuburg, el rey Carlos Gustavo de Suecia como duque de Bremen y de Verden, los duques Guillermo, Augusto y Cristian Luis de Brunswick-Luneburg y el landgrave Guillermo de Hesse-Cassel (1). Al dia siguiente 16 de agosto pasaron los plenipotenciarios alemanes á Maguncia, donde se hallaba la embajada francesa, que firmó el instrumento por el cual ingresó en la liga de príncipes alemanes el rey de Francia en calidad de «miembro de la paz.»

La liga debía durar por lo pronto tres años; era una alianza defensiva para la conservacion de la paz de Westfalia, y la fuerza armada que prometieron poner á disposicion de la liga los aliados alemanes fué fijada en 5,100 infantes y 2,550 soldados de caballería. La corona de Francia se obligó á poner por su parte 1,600 infantes y 800 jinetes; por manera que toda la fuerza armada oficial de la liga consistía en 10,000 hombres. El acta de fundacion de la liga solo contenía disposiciones relativas á la defensa militar y nada decia de lo que podia tener esta liga de organizacion política. Entre sus miembros ninguno quedó designado como cabeza ó director de la liga, y en el acta del ingreso de la Francia todo suponía completa igualdad y reciprocidad, si bien al ingreso del rey de Francia en una liga creada ya por príncipes alemanes (2), quedó entendido, siguiendo la costumbre, que el presidente nato de la liga sería el príncipe elector de Maguncia, aunque el documento no lo dijera expresamente.

De importancia práctica inmediata son las disposiciones relativas á las dos potencias entonces en estado de guerra. A la corona de Suecia aseguraba la liga la proteccion de los ducados de Verden y Bremen contra todo ataque de parte de Polonia ó de Brandeburgo (no se menciona al emperador), y los aliados declararon al mismo tiempo que no intervendrían en los conflictos habidos entre la Suecia y el Brandeburgo en Polonia, Prusia, Pomerania y Brandeburgo: disposicion peligrosa para el elector de Brandeburgo, el cual reclamó contra la tendencia de la liga que favorecía á la corona de Suecia en perjuicio de su electorado. Los miembros de la liga se comprometieron respecto de la corona de Francia á hacer cumplir la garantía general dada en el tratado

(1) El elector de Tréveris y el obispo de Munster no añadieron su firma todavía, pero lo hicieron poco despues.

(2) El documento alemán de la liga está fechado en 4 (14) de agosto, mientras el documento francés lleva la fecha del 15 de agosto de 1658. Véase Loudorp: *Acta publica*, tomo VIII, pág. 417, y Dumont: *Corps. univ.*, tomo VI, pág. 235.

de Munster, y se obligaban á no permitir el paso por sus respectivos territorios de tropas auxiliares (austriacas) que se enviaran á Flandes (al auxilio de los españoles) ni tolerarles la permanencia en sus Estados. De esta manera los príncipes confederados pensaban obligar á la política austriaca á cumplir la capitulacion electoral, no pudiendo hacer nada si el emperador contravenía á la capitulacion enviando auxilios á los españoles á Italia. Un año despues se hicieron inútiles estas precauciones por la paz de los Pirineos firmada entre España y Francia.

La importancia de la liga del Rhin no consistía en sus disposiciones concretas, sino en el hecho de haberse fundado una liga de príncipes alemanes con Francia, de la cual la política francesa supo servirse hasta mucho mas allá de su objeto primitivo.

El imperio alemán en la paz de Westfalia se había librado del peligro de ver entre sus miembros al rey de Francia. Pero la entrada de esta potencia en la liga del Rhin dió á la política francesa el deseado asidero para mezclarse siempre que le convino en los asuntos interiores del imperio con el pretexto de sus obligaciones como miembro de la liga del Rhin. Sin embargo, no debe exagerarse la importancia de este recurso de la diplomacia francesa, porque para las intenciones del gobierno francés en Alemania le bastaban y sobaban los recursos usuales de su diplomacia, y además le podia servir hasta donde quisiera y pudiera la calidad de potencia garante de la paz de Westfalia; mientras por otro lado y en circunstancias favorables la liga del Rhin habria podido servir para moderar y limitar la accion de la política francesa en Alemania. En este sentido trató el elector de Maguncia en adelante repetidas veces de servirse de la liga y con igual propósito entró en ella en 1665 el elector Federico Guillermo de Brandeburgo.

CAPITULO IV

LA GUERRA DE DINAMARCA Y LA PAZ DE OLIVA

Mientras los príncipes y diplomáticos estaban ocupados en Francfort en las sutilezas de la capitulacion electoral y de la liga del Rhin, se acumulaba en el Norte una nueva tempestad que volvió á llamar la atencion general á aquella parte. El mismo dia en que se firmó la liga del Rhin abrió Carlos Gustavo la segunda guerra contra Dinamarca.

La paz de Rothschild que el vencedor sueco había impuesto en febrero de 1658 al rey Federico de Dinamarca, fué, como la mayor parte de los triunfos de Carlos Gustavo, mas deslumbradora que de efecto permanente. Las fuerzas de Dinamarca habían sucumbido antes de que pudieran entrar en accion aquellos otros puntales de su poderío que consistían en sus alianzas. Faltaba saber si el emperador, los Países-Bajos, Polonia y el Brandeburgo reconocerían los hechos consumados al firmarse aquella paz, y si aquellas potencias consentirían que la Suecia cerrase el estrecho; que ninguna escuadra de guerra extranjera pudiese recorrer el Báltico sin su permiso; que el Báltico y todas sus costas quedasen á merced de la Suecia; que cayese en su poder Dantzig, no defendida ya por la escuadra holandesa, y con ella toda la Prusia occidental.

Los Países-Bajos fueron los que se vieron mas amenazados por la paz citada. Poco habria importado á la política egoísta de los aristócratas dominantes en Holanda, que su aliada la Dinamarca hubiese tenido que ceder algunas provincias á la Suecia; pero no les convenía que se cerrase el Báltico á sus buques de guerra y que su comercio en este mar quedase sujeto á la arbitrariedad de los suecos, conforme

se desprendía de las condiciones de paz de Rothschild. En llegando á este extremo se acababan la paciencia y las intenciones pacíficas del gobierno de Holanda, el cual por lo mismo armó una numerosa y fuerte escuadra mientras la diplomacia holandesa trabajaba en Copenhague contra la ejecucion de la paz, y para animar al rey de Dinamarca á la resistencia y á que protestara sobre todo por todos los medios posibles contra el insostenible artículo relativo al cierre del estrecho. En la misma Dinamarca se creyó que este artículo era el golpe de gracia que se daba á la independencia del reino. Se procuró, pues, eludirlo por todos los medios; había seguridad de tener en una nueva lucha aliados poderosos, pero por lo pronto se habían consumido las propias fuerzas, y no era la Dinamarca quien podia tomar la iniciativa para comenzar otra vez la guerra.

Pero éntonces el rey de Suecia en persona tomó la iniciativa inesperadamente, pues Carlos Gustavo se volvió á encontrar en la situacion antes descrita de tener que lanzarse á otra guerra despues de su triunfo en Dinamarca y solo era dudoso para él á cuál de sus muchos adversarios atacaría. En vista de la inseguridad general de la situacion política, no podia pensar en licenciar su ejército, y por otra parte tampoco podia mantenerlo en su propio país. Necesitaba un país enemigo adonde conducir sus tropas victoriosas y en donde mantenerlas. Todavía se hallaba en estado de guerra con la Polonia; pero ni le interesaba renovar allí la guerra ni continuar la que tenia con los moscovitas, ni tampoco gustaba á sus tropas la lucha en aquellos países lejanos, por lo cual estaba muy inclinado á hacer un arreglo pacífico con estos dos contrarios. Lo que le plugo entonces mas fué llevar sus armas á Alemania y castigar al elector de Brandeburgo en la Marca por haber abandonado su causa, pensando quizá despues echarse en una de sus rápidas marchas sobre los Estados hereditarios del Austria, acudir al auxilio de los protestantes austriacos oprimidos y destruir al fin las esperanzas que tenia el Habsburgo Leopoldo de ser elegido emperador.

No se llegó á tanto. Las negociaciones con Dinamarca relativas á la ejecucion de la paz de Rothschild y á la alianza estrecha entre las dos potencias escandinavas estipulada en dicha paz produjeron continuamente nuevas dificultades. El rey Federico, animado por la actitud de los Países-Bajos, cobró lentamente algunas esperanzas de llegar á cambiar su suerte y fué mostrando gradualmente mayor seguridad, á la manera del naufrago, dice un contemporáneo, que acaba de salvar su vida sobre una tabla y que al llegar á la playa siente no haber salvado tambien sus mercancías. El rey Carlos Gustavo hubo de convencerse cada vez mas de que aquella paz brillante no había satisfecho cumplidamente todas sus esperanzas, pues faltaba mucho para tener á la Dinamarca completamente en su poder. Era de esperar que el rey Federico aprovechara la primera ocasion para anular toda aquella obra de paz que le era tan odiosa, uniéndose con la Holanda y otras potencias amigas, y para volver á probar fortuna contra la Suecia. La cuestion del nuevo emperador estaba poco menos que resuelta en Francfort; y ofrecía pocas probabilidades de buen éxito empezar en tales circunstancias una guerra en el imperio. La liga del Rhin próxima á realizarse cubria por este lado las espaldas á la Suecia y cuando menos protegía una parte de sus territorios alemanes, y por tanto Carlos Gustavo, en julio de 1658, despues de largas vacilaciones tomó una resolucion rápida, y declarando incompleta la paz de Rothschild, volvió á empezar la guerra contra Dinamarca.

El rey de Suecia entró en esta segunda guerra dinamarquesa con intenciones mucho mas latas que las que había

tenido hasta entonces. Estaba decidido, en caso de que la fortuna le favoreciese, á dar al Norte escandinavo una nueva y definitiva forma, á expulsar al rey de Dinamarca y restablecer la union de los tres reinos. Quería llevar en adelante el título de rey de los suecos, de los godos, de Dinamarca, de Noruega y de los *wendos*, y recibir en Schonen el homenaje de sus nuevos súbditos con «la frente ceñida de la corona de Suecia y teniendo delante en una mesa la corona de Dinamarca.» En su mente preparó ya la forma de gobierno de la gran monarquía escandinava (1).

Se hicieron los preparativos con el mayor sigilo. En Kiel se reunieron la escuadra y el ejército, siendo condicion principal que se diera el golpe decisivo antes de que ninguno de los contrarios pudiese presentarse en escena. Este golpe decisivo debía ser la toma de la capital de Dinamarca y la prision del rey de este país si era posible.

El 15 de agosto de 1658 se hizo á la mar la escuadra sueca desde Kiel, compuesta de once buques de guerra y sesenta de transporte, sin que nadie supiese adonde se dirigía. El primer plan del rey fué marchar directamente á Copenhague, desembarcar allí y apoderarse por sorpresa de la ciudad por medio de un rápido golpe de mano. Este plan atrevido, que consideradas las circunstancias pudiera haber tenido buen éxito, encontró objeciones en el consejo de guerra y Carlos Gustavo cedió, quizás para su mal. La armada recibió orden de dirigirse á Korsor, en la costa occidental de Seeland, y desde allí el ejército emprendió la marcha sobre Copenhague; pero al presentarse delante de la capital de Dinamarca, despues de distinguir ya desde lejos los arrabales incendiados, se vió que se había perdido la ocasion de dar un golpe de mano. La aparicion del enemigo delante de las puertas de la ciudad, ya no tuvo el efecto paralizador de algunos meses antes. La indignacion á la vista del inicio rompimiento de la paz se apoderó de todos los ánimos y les hizo tomar las resoluciones mas heroicas. Todas las clases de la poblacion se agruparon alrededor del rey. Los vecinos y los estudiantes echaron mano á las armas; los licenciados acudieron desde el campo, y todos los habitantes de la capital se mostraron decididos á resistir á todo trance para defender la capital, de la cual dependía la suerte de todo el reino.

Carlos Gustavo no se atrevió á intentar el asalto para tomar la ciudad y se vió obligado á empezar un sitio en toda regla, para el cual por lo pronto no estaba preparado; de suerte que la empresa tomó un aspecto muy diferente del que ofrecía el plan original. El único resultado valioso que alcanzó el rey de Suecia en aquel punto fué que el almirante Wrangel consiguió hacer capitular despues de tres semanas de sitio (en 16 de setiembre) la fortaleza de Kronenborg, que dominaba el Sund; mas no por esto se debilitó la resistencia de Copenhague, antes fué en aumento cada dia y no permitió al rey Carlos Gustavo abandonar su puesto.

El ataque brutal de los suecos indujo á todas las potencias amigas á tomar parte en la lucha. Los gobernantes y mercaderes de los Países-Bajos amenazados en sus intereses comprendieron la magnitud del peligro; sin descanso se concluyó el armamento de la escuadra, para que pudiera estar antes de entrar el invierno en el teatro de la lucha, y á principios de noviembre se presentó á la entrada del Sund la escuadra holandesa, compuesta de treinta y cinco buques acompañados de muchos transportes con tropas de desembarco y provisiones, mandada toda por el almirante holandés Jacobo de Wassenaer. Carlos Gustavo estaba decidido á mantener cerrado el Sund, conforme había mandado, y cuando algunos dias despues, en 8 de noviembre, el almi-

(1) Carlson: *Historia de Suecia*, tomo IV, pág. 309.

rante holandés aprovechando un favorable viento del Norte se dispuso á entrar en el estrecho, fué recibido por las baterías suecas de Helsingfors y Kronenberg, encontrando también en su camino todos los buques de guerra suecos en número de cuarenta. Se desarrolló la árdua batalla marítima del Sund entre dos escuadras poderosas metidas en una vía estrecha de agua, y solo cuando despues de seis horas de lucha acudió desde Copenhague al auxilio de los holandeses una seccion de nueve buques dinamarqueses, dió Carlos Gustavo la señal de retirada, con la cual quedó por lo pronto decidido todo. La armada sueca no pudo sostenerse contra las escuadras unidas holandesa y dinamarquesa, y se retiró al puerto de Landskrona; Copenhague fué socorrida y aprovisionada por la parte del mar, lo que hizo inútil el sitio por la parte de tierra y Carlos Gustavo tuvo que limitarse á un cerco impotente.

Entretanto los otros aliados habian empezado tambien su ataque contra la Suecia, distinguiéndose en primer lugar el elector de Brandeburgo Federico Guillermo, que habia continuado aun despues de la paz de Rothschild el doble juego peligroso de las negociaciones al parecer amistosas con Carlos Gustavo, mientras negociaba con el Austria y con la Polonia la guerra contra la Suecia, siguiendo el ejemplo de Carlos Gustavo, que por su parte meditaba el plan de una invasion en la Marca de Brandeburgo. Gradualmente se habian agriado las relaciones entre las dos potencias, hasta que el rey de Suecia se negó con altanería á recibir á fines de junio de 1658 en Flensburg á dos embajadores de Brandeburgo. Esta conducta, con la cual quiso atemorizar al elector, tuvo por resultado que éste, considerándose ultrajado, rompiera las negociaciones (1). Desde entonces estuvo preparado el elector á un ataque sueco, ya fuera en la Marca, ya en la Prusia, y en su consecuencia tomó sus medidas. Hasta la capital Berlin fué puesta en estado de defensa á pesar de las dificultades que oponian á las obras de fortificacion la arena y el agua, segun dice en una comunicacion el embajador francés Blondel (2). Las tropas auxiliares polacas y austriacas tomaron posiciones en la frontera de Polonia para poder acudir segun el caso á la Marca ó á la Prusia. Cuando Carlos Gustavo concentró su ejército y armada en Kiel se contaba con seguridad con un ataque á Prusia. Nadie en fin comprendió la verdadera intencion del rey de Suecia (3).

Por fin se recibió la noticia del desembarco de Carlos Gustavo en Seeland y de su marcha sobre Copenhague.

El elector Federico Guillermo se decidió entonces á emprender desde luego la guerra, tanto tiempo aplazada, contra la Suecia. Invitó á los austriacos mandados por Montecúculi y á los polacos mandados por Czarnecki para que se le unieran, y habiéndose concluido en Francfort el asunto de la eleccion, no se opuso el gobierno de Viena á los deseos del elector. Carlos Gustavo habia empezado simultáneamente con la sorpresa de Copenhague la guerra en el Holstein contra las tropas danesas allí acantonadas, y allí condujo el elector el ejército reunido, compuesto de 30,000 hombres entre brandeburgueses, austriacos y polacos. Con esta fuerza á sus órdenes entró en el mes de setiembre en el Holstein.

(1) Véase *Documentos y actas*, tomo VIII, págs. 192 y 242. Carlos Gustavo habia empleado este medio de intimidacion con bastante éxito en otras varias ocasiones. Además estaba calculada su conducta brusca con el elector de Brandeburgo para hacer creer en Dinamarca que Carlos Gustavo estaba decidido á hacer la guerra al elector y al Austria, todo con el fin de ocultar sus intenciones últimas contra la Dinamarca.

(2) *Documentos y actas*, tomo II, pág. 161.

(3) Véase sobre esto la interesante correspondencia entre el elector y Montecúculi en *Doc. y actas*, tomo VIII, pág. 356.

En aquellas semanas se dió á luz un folleto político que venia á ser en cierta manera un programa de la nueva guerra, cuya importancia nacional señalaba con un lenguaje vigoroso muy raro en aquella época. Este notable escrito empezaba así (4): «Honrado alemán, tu noble patria quedó desgraciadamente destrozada en las últimas guerras bajo pretexto de religion, libertad é independencia, y se encuentra tan extenuada, que de tan hermoso cuerpo apenas ha quedado el esqueleto. El que sienta hervir todavía en su pecho alguna sangre alemana, debe llorar y lamentar tanta desgracia. Hemos gastado nuestros bienes, nuestra sangre, nuestro honor y nuestro nombre y no hemos conseguido mas que vernos reducidos á la condicion de siervos y criados de otras naciones á las cuales hemos hecho célebres; hemos casi perdido nuestro renombre, y hemos aumentado el poderío de naciones á las cuales antes apenas conociamos. ¿Qué son ahora el Rhin, el Weser, el Elba y el Oder, sino cautivos de otras naciones? Tu libertad y tu religion no son mas que juguetes de otros. En fin todo se ha perdido, con la excelente Pomerania y con otros territorios igualmente excelentes.» Sigue el autor revistando la política sueca, haciendo notar su carácter dañino y enemigo de la paz; excita á cuantos no quieran comer pan sueco á que se acuerden de lo que de ellos exige el honor del nombre alemán, para no ir contra su propia sangre y su propia patria, mas famosa que todas las demás naciones, y concluye diciendo: «Ten presente que eres alemán.»

Se ve que el osado golpe del monarca sueco para hacerse autócrata del Norte volvió á despertar antiguos odios y con ellos nuevas esperanzas. La «excelente» Pomerania con sus bocas del Oder no estaba olvidada en Berlin, y á su pérdida atribuye aquel autor una gran parte de la pérdida de la independencia y prosperidad de Alemania, de lo que se desprende sin ninguna clase de duda que al estallar esta nueva guerra se manifestó en los consejos del elector la esperanza de restituir á la Alemania la Pomerania y las bocas del Oder.

La nueva situacion tenia de particular que la política sueca, con sus ambiciosos proyectos de navegacion y dominio del mar en la Europa del Norte, encontrara en su camino los obstáculos que le oponian las demás potencias mas ó menos interesadas, segun lo exigian sus planes y su poder. Entre las grandes potencias marítimas y mercantiles la Inglaterra se encontraba justamente entonces paralizada temporalmente en su accion por la muerte del protector Cromwell, ocurrida en 3 de setiembre de 1658; pero en cambio los holandeses se mostraron tanto mas ávidos de apoderarse de la preponderancia en las regiones bálticas. Su escuadra, conforme queda referido, habia forzado el paso por el Sund, y además de su mision en el Báltico tuvo orden de tomar posicion en el bajo Elba y cortar la comunicacion de los suecos con el ducado de Bremen, que pertenecia á la corona de Suecia. Las intenciones de los gobernantes de los Países Bajos iban todavía mas allá, y sus miradas se fijaban en Gluckstadt, ciudad fuerte situada junto al Elba y punto productivo por su aduana. Ofrecieron, pues, al rey de Dinamarca, al cual pertenecia la mencionada ciudad, toda clase de auxilio pecuniario si se la cedia. Se hicieron negociaciones y muy poco faltó para que los holandeses consiguieran de esta manera un punto fuerte en el bajo Elba, lo cual en opinion del embajador de Brandeburgo en el Haya, Weiman,

(4) *Theatrum Europ.*, tomo VIII, págs. 758 y siguientes. Se ha tratado de atribuir este escrito á Oton de Schwerin, gobernador y persona muy estimada del elector; pero las razones aducidas para ello son poco convincentes, y en mi opinion es mas probable que el autor fuese Federico de Jena, consejero del elector.

habria sido muy peligroso, «porque á esta gente, decia, no le gusta restituir lo que tiene en su poder (1).»

Era en extremo humillante que en vista de los sucesos trascendentales que se preparaban, no hubiese para representar los intereses alemanes ni la mas insignificante fuerza marítima con bandera alemana al lado de las escuadras suecas, dinamarquesas, holandesas é inglesas, y que por único consuelo no existiese en Alemania siquiera quien reconociese y discutiera entonces la necesidad de una fuerza marítima, porque en efecto no era alemán quien tuvo semejantes pensamientos, conforme dice un documento publicado recientemente.

Hacia algunos años se hallaba al servicio del elector Federico Guillermo el ex-almirante holandés y ex-gobernador de Amboina, Arnoldo Gysels van Lier, que habia reñido con la compañía de Indias Orientales, á cuyo servicio habia estado antes. Para hacer la competencia á esta compañía quiso fundar una segunda compañía de Indias Orientales, y como esto no le salió bien en Holanda, habia abandonado su país. El elector de Brandeburgo le confió un empleo lucrativo en Leuzen y se servia de él como consejero perito en asuntos mercantiles y de navegacion. Gysels presentó al elector una especie de memoria sobre las intenciones de los holandeses de adquirir la plaza de Gluckstadt (2), diciendo que bien podria el elector ambicionar tambien la posesion de Gluckstadt, porque su interés exigia que tan importante plaza á orillas del Elba no cayese en manos extranjeras; que si se apoderaran de ella los holandeses seria de temer que se hicieran tambien dueños permanentes del Elba; que quizás se establecerian tambien á la primera ocasion favorable en el ducado de Brema, y que con el pretexto de auxiliar á la Dinamarca ensancharan sus fronteras hasta las costas alemanas, de cuyas resultas el imperio alemán perderia otro de sus rios navegables. Si despues los holandeses consiguieran del rey de Dinamarca algunas plazas fuertes en el Sund, resultarían con esto dueños absolutos de los mares del Norte y con el pretexto de combatir la preponderancia de la Suecia ocuparían su lugar, porque «la clase de mercaderes que gobiernan los Países Bajos es mas que codiciosa.» Por esto convenia que el elector se les anticipara y procurase obtener para sí á Gluckstadt de los dinamarqueses. Esta adquisicion, sin embargo, habia de servir en opinion del viejo almirante holandés solo como punto de partida de una nueva organizacion y fomento del comercio marítimo alemán y de la participacion de Alemania en el dominio del mar, para conservar á los príncipes del imperio la comunicacion con los países tanto próximos como lejanos. Aquí recuerda el autor holandés el antiguo poder marítimo de Alemania y dice que este puesto puede reconquistarse, «pues el aire y el mar pertenecen á todos los soberanos;» solo habia que hacer valer el antiguo derecho, lo cual debia hacerse bajo la autoridad del emperador y del imperio, nombrándose un almirante general alemán, nombramiento que corresponderia mejor que á ninguno al elector de Brandeburgo. Bajo su direccion se estableceria un almirantazgo permanente del imperio, y todos los buques alemanes de altura deberian ir provistos de su correspondiente documentacion y estar bajo la jurisdiccion de esta misma autoridad, usando todos una bandera comun alemana. Así se podria combatir en adelante

(1) *Doc. y actas*, tomo VII, pág. 144. El elector encargó á su embajador que empleara todos los medios posibles para desviar á los Estados Generales de sus intenciones sobre Gluckstadt.

(2) La memoria está fechada en 10 de setiembre de 1658, en cuyo tiempo tenia ya noticia de la intencion de los holandeses, mientras el embajador brandeburgués en el Haya solo la comunicó en noviembre en sus informes, conforme resulta de *Doc. y actas*.

con la propia fuerza la piratería, que ejercian muy particularmente y con gran beneficio los puertos de las ciudades anseáticas; el comercio marítimo alemán se volveria á extender libremente á mares lejanos y á las colonias; la Alemania tendria su parte en las riquezas procedentes de las Indias orientales y occidentales, de las cuales hasta ahora solo se habian aprovechado los españoles, portugueses, ingleses y holandeses, en cuyas naciones las casas de los comerciantes eran mas brillantes que los palacios de los príncipes alemanes. El autor demuestra que si bien esta prosperidad del comercio marítimo alemán desagradaria á los holandeses, en cambio coincidiría con los intereses de España, á cuya potencia la Alemania tendria que agregarse en cuanto se refiriera á los asuntos marítimos, resultando para ambas partes de esta union grandísimo provecho. La direccion general de todo deberia estar en manos del almirante general del imperio, del elector de Brandeburgo (3). Al autor de la memoria hace hablar evidentemente el odio que tiene á sus paisanos y en particular á la compañía de las Indias orientales, si bien no debe desconocerse que estaba ya hacia años al servicio del elector y que diez años antes, en 1647, habia estado ya en negociaciones con él sobre el establecimiento de una compañía de Indias, bajo la direccion del gobierno brandeburgués. Así el elector Federico Guillermo hacia ya tiempo que estaba al corriente de estas ideas de comercio marítimo, solo que á la sazón, al entrar en una nueva guerra importante, el marino holandés expuso sus ideas por escrito, no porque creyera que se realizaran durante la pendiente guerra, sino porque aquella era una ocasion de señalar la gran falta que impedia toda manifestacion de la fuerza alemana en el Norte; y los sucesos dieron razon al holandés. Tanto hubo de notar el elector en los acontecimientos siguientes la falta de una fuerza marítima, que, como veremos en su lugar, volvió á tratar de este asunto tan pronto como se hubo hecho la paz.

Por lo pronto era menester atacar al enemigo con los medios de que se disponia. Las contadas tropas suecas, algunos miles de hombres que se hallaban á las órdenes del conde palatino de Sulzbach en el continente dinamarqués, no pudieron resistir á la poderosa embestida de los aliados. El elector avanzó irresistiblemente atravesando el Holstein; el conde palatino tuvo que levantar el sitio de Rendsburg, y dejando solo algunas pequeñas guarniciones en el Schleswig se retiró al Norte á Frederiksodde, punto muy fuerte á orillas del pequeño Belt que aseguraba la comunicacion con la isla de Fionia donde habia una numerosa fuerza sueca. Fuera del citado punto fuerte, los aliados ocuparon todo el Schleswig y una gran parte de Jutlandia. El duque Federico de Holstein-Gottorp, que era del partido de su yerno, el rey Carlos Gustavo, el cual habia conseguido para él en la paz de Rothschild la soberanía, es decir, la independencia respecto de la corona de Dinamarca, fué sitiado por el elector en su castillo fuerte de Gottorp, y obligado á rendirse, teniendo que firmar además un tratado de neutralidad durante el cual debia retirarse con sus tropas á Tonningen.

Cuando la escuadra holandesa, conforme se ha referido, forzó en noviembre el paso del Sund, habia ocurrido ya todo lo que acabamos de decir en el continente dinamarqués hasta la retirada de los suecos á Frederiksodde, y solo el flanco de la posicion de los aliados estaba amenazado por la isla de Alsen ocupada por unos dos mil suecos; pero antes de concluir aquel año se apoderó el elector tambien de este punto.

(3) Esta memoria no lleva firma, pero segun las investigaciones hechas no cabe duda que el autor era el citado almirante holandés.

Los aliados desde el continente cañonearon durante algunos días la fortaleza de Sonderburg, y el 14 de diciembre emprendieron el ataque contra la isla. Algunos buques de guerra dinamarqueses protegieron el paso a la isla, en el cual tomaron parte tropas de los tres aliados. En un punto inmediato a Sonderburg pasaron en lanchas y balsas las tropas de infantería brandeburguesa y austriaca; algunos centenares de polacos de la caballería de Czarnecki atravesaron a nado el angosto estrecho, y los soldados de caballería brandeburguesa, mandados por el marqués de Baden, quitaron las sillas a sus caballos y pasaron a nado a la isla. Los aliados efectuaron el desembarque sin gran resistencia de parte de los suecos; el general sueco Ascheberg se retiró con la mayor parte de su fuerza a Sonderburg y el resto se refugió en Nordburg, la segunda plaza fortificada de la isla. Inmediatamente se empezó el ataque a Sonderburg; el elector Federico Guillermo hizo tomar por sus mosqueteros el cementerio fortificado situado delante de la población y penetró en ella. Al día siguiente se hicieron los preparativos para cañonear y bombardear el castillo, adonde se había retirado el jefe sueco, al cual se intimó la rendición. El sueco pidió treinta horas de tiempo, que los aliados tuvieron que concederle porque no había llegado todavía desde el continente la artillería gruesa. Antes de haber pasado este plazo se acercó un número de buques suecos a Sonderburg, en los cuales el jefe sueco embarcó su tropa a favor de la noche, y al día siguiente los sitiadores encontraron el castillo evacuado, cayendo solo en sus manos un cuantioso botín consistente en caballos, cañones y bagajes de toda clase. Sin perder tiempo se dirigieron a Nordburg, cuyo comandante Knaust se rindió sin resistencia con 600 soldados de caballería, con lo cual quedó concluida la conquista de la isla (1).

Este resultado fué muy satisfactorio desde el punto de vista militar; pero al mismo tiempo demostró cuál era el flaco de los aliados, a saber: la falta de escuadra propia. Buques suecos habían podido llevarse la guarnición de Sonderburg cuando estaba a punto de entregarse prisionera sin que hubiesen podido impedirlo los buques dinamarqueses presentes, y cuando el valiente vice-almirante dinamarqués Bredael se acercó con algunas embarcaciones menores a los suecos, murió de un balazo en la tentativa. La poderosa escuadra holandesa ni siquiera se dejó ver. Se hallaba inactiva después de haber forzado la entrada del Báltico.

Los holandeses habían recibido de Inglaterra la noticia de que también allí se armaba una escuadra destinada al Báltico. El gobierno inglés estaba dispuesto a auxiliar a los suecos; los gobernantes de los Países Bajos no querían tener colisión con Inglaterra, y por lo demás, si bien querían salvar a la Dinamarca, no se decidían a reñir abiertamente con la Suecia y mucho menos si ésta tenía el apoyo de Inglaterra. Los holandeses deseaban el mejor éxito a la empresa del elector, pero solo dentro de ciertos límites, para no aumentar demasiado el poder de este príncipe ambicioso, pariente de la familia de Orange y además a la sazón aliado del emperador. Estas consideraciones fueron causa de su conducta ambigua y de su inactividad en momentos decisivos en todas estas complicaciones. Dejaron que la escuadra sueca se hiciera a la mar, cuando hubieran podido bloquearla

(1) La disposición del ataque de la isla de Alsen, redactada por el mismo elector y fechada el 2 (12) de diciembre de 1658 en Duppel, dos días antes del asalto, ha sido publicada por Droysen en el *Periódico para la Historia de Prusia*, etc., tomo II, 1865; Pufendorf: *Frid. Wilh.*, tomo VIII, párrafo 70; id., *Carlos Gustavo*, tomo V, párrafo 106; Wagner: *Historia Leopoldi Magni*, tomo I, pág. 566. Véase también la relación del Hollantze: *Mercurius*, de 1658, págs. 178 y siguientes, y el *Diarium Europaeum*, pág. 1195.

en Landskrona, lo que les permitió intervenir en Sonderburg, mientras en cambio el almirante holandés Wassenaer se negó a apoyar un desembarque de los aliados tanto en Fionia como en Seeland. Los intereses holandeses exigían que las cosas continuaran indecisas (2); y como los aliados no tenían escuadra propia ni facilitó el invierno de aquel año que sus tropas pudiesen pasar sobre el hielo a Seeland, como pudo hacer el año anterior la tropa sueca, quedó paralizada por aquel lado la guerra, contentándose el elector durante el invierno con tener bien cercada la plaza de Frederiksodde para impedir que los suecos se abrieran camino a la Jutlandia. El rey de Suecia, guerrero infatigable, tampoco descansó en Seeland. Había perdido en diciembre de 1658 uno de los pocos puntos de apoyo que le habían quedado en la Prusia, la fortaleza de Thorn, y en aquel mismo tiempo sacudieron el yugo sueco dos territorios adquiridos en la paz de Rothchild, la provincia de Drontheim y la isla de Bornholm. Hasta en Schonen se manifestaron simpatías dinamarquesas, pues en la capital de Malmo se descubrió una conspiración de los vecinos a favor de Dinamarca. En cambio el soberano sueco consiguió librarse de otro adversario importante, el czar de Rusia, con el cual hizo en 30 de diciembre de 1658 un armisticio de tres años en Wallisar, cerca de Narva. Algunas semanas antes el general sueco Douglas, que mandaba en Livonia, había efectuado una invasión en Curlandia y había apresado por sorpresa y a traición al duque Jacobo, cuñado del elector de Brandeburgo, a quien con toda su familia llevó prisionero desde su residencia de Mitau a Riga, acusándole de haber faltado a la neutralidad en perjuicio de la Suecia.

Carlos Gustavo supo tener en continuo movimiento a sus adversarios, haciéndoles temer, ora una nueva empresa contra la Prusia, ora una tentativa de invasión en la marca de Brandeburgo. Además trató con el conde palatino de Neuburg, que, deseoso de aventuras, se inclinaba a la causa de Suecia, para emprender de comun acuerdo un ataque contra los territorios electorales de Cléveris, y en todo este tiempo se quedó seis meses delante de Copenhague que menos que nunca pensaba en rendirse.

En esta situación se decidió Carlos Gustavo a dar un golpe definitivo, pues si conseguía apoderarse de la capital de Dinamarca creía poder hacer frente otra vez a todos sus enemigos. Hizo, pues, grandes preparativos para el asalto, que emprendió el 20 de febrero de 1659 por tres lados a la vez durante la noche: empresa temeraria atendido que la ciudad estaba perfectamente guardada y el número de sus defensores era triple del de los suecos. Así sucedió que después de dos horas de ardiente lucha, quedó rechazado el ataque y Carlos Gustavo tuvo que mandar la retirada con grandes pérdidas. Esta derrota evidente no desalentó a aquel genio guerrero que se creía inexpugnable en Seeland y que ocupó en el transcurso de los meses inmediatos todavía las islas de Langeland, Laaland, Falster y Moen, esperando ansiosamente la llegada de la escuadra inglesa, que en su opinión cambiaría completamente la situación.

Muy expuesta hubiera sido la de Carlos Gustavo con su reducido ejército en las islas danesas, si los aliados hubiesen podido disponer de una escuadra propia para trasladar sus fuerzas superiores a Seeland, con las cuales podían haber cogido al atrevido conquistador como en una trampa. Entonces Matías Dogen, militar muy perito y residente diplomático del elector en Amsterdam, escribió a su soberano: «¡Cuán necesaria fuera ahora para Su Serenísima una flota

(2) Lefévre-Pontalis: *Jean de Witt*, etc. Paris, 1884, tomo I, páginas 248 y siguientes.

de guerra!» El elector estaba convencido de esta verdad y de que para conseguir el objeto de la guerra los aliados debían llevar sus ejércitos a la isla y aplastar allí al usurpador sueco. El elector ardía en deseos de llegar por este camino a la lucha decisiva. Mostrándose la escuadra dinamarquesa demasiado débil y por lo mismo indecisa, y retrayéndose los holandeses diplomáticamente de operar con decisión, era menester que el elector tomara la iniciativa y arrastrara tras sí a los demás. Justamente entonces se armaba en Holanda una nueva escuadra con destino al Báltico para reforzar en la inmediata primavera la de Wassenaer; pero, según la experiencia, poco auxilio podían esperar los aliados de los almirantes holandeses. En aquel tiempo Dogen, por encargo del elector y en unión con el embajador dinamarqués, entró en negociaciones con la ciudad de Amsterdam y con las autoridades del Haya para contratar un número suficiente de buques holandeses de transporte y llevarlos al Báltico para trasladar con ellos, bajo la protección de buques de guerra amigos, al ejército aliado a las islas danesas y acaso también a Schonen (1). Desde febrero de 1659 se activó este asunto en Holanda durante meses, y gracias al celo de Dogen fué posible reunir a mediados de abril una flotilla de 54 barks holandesas alquiladas para el transporte de 4 a 5,000 caballos, con todo lo necesario para una expedición de desembarque que debía ser escoltada por la escuadra de guerra holandesa mandada por el almirante Ruyter hasta Aalborg en la Jutlandia, donde el elector debía recibir los barcos. Pero al fin fracasó toda la empresa; la escuadra holandesa se hizo a la mar en mayo de 1659 sin llevar consigo los buques de transporte; los navieros de Amsterdam rescindieron sus contratas, y la flota de transporte fué disuelta y abandonado el proyecto. El elector Federico Guillermo se convenció otra vez de cuán poco era el apoyo positivo que podía esperar de sus aliados holandeses, y de que la política de los gobernantes del Haya solo en apariencia aspiraba a los mismos fines que él se había propuesto. No tardó mucho en verlo palpablemente.

Por lo pronto era menester atacar al enemigo con los medios que había disponibles, y los aliados abrieron la nueva campaña el 26 de mayo de 1659 con la toma de Frediksodde. La guarnición sueca no esperó el asalto, sino que se retiró a la isla de Fionia, abandonando sin lucha al enemigo la última posición sueca en el continente dinamarqués.

En seguida empezaron los aliados sus operaciones contra esta isla, de cuya empresa el general imperial Montecúculi no esperaba nada bueno y solo se conformó con ella después que el elector se hubo declarado responsable de todo ante la corte imperial. Los aliados ocuparon el 11 de junio, después de una ardiente lucha, la pequeña isla de Fanoc situada a la salida de la bahía de Kolding a un tiro de cañón de la costa de Fionia; pero entonces fracasaron todas sus tentativas para entrar en la citada isla de Fionia; se hicieron repetidos esfuerzos durante las semanas inmediatas para desembarcar fuerzas en la isla que los suecos defendían con sus baterías colocadas en la costa, y Montecúculi fué herido pasándole una bala de cañón por entre las piernas y arrebatándole el bastón de mando que tenía en la mano. Dióse el grande ataque el 8 de julio: los aliados trataron de desembarcar con sesenta buques de transporte cerca de Mid-

(1) *Documentos y actas*, tomo VII, pág. 174, y en otras comunicaciones de Dogen se encuentran las únicas noticias sobre estas tentativas de reunir una flota de transporte. También se encuentra una noticia sobre lo mismo en el *Hollantze, Mercurius*, del mes de mayo de 1659, publicado en Haarlem, pero en esta noticia no se menciona al elector de Brandeburgo, sino solo se atribuye al embajador dinamarqués.

delfahrt. Había próximos al punto de desembarco algunos buques de guerra dinamarqueses y holandeses; la flota de transporte había llegado a tiro de cañón de la costa, cuando súbitamente cambió el viento y dispersó las embarcaciones en dirección contraria, fracasando toda la empresa con grandes pérdidas.

Era imposible obtener ningún resultado favorable siendo impotentes los aliados por mar. El almirante holandés Wassenaer continuó negándose a todas las instancias para que prestara enérgico auxilio, y hasta se dijo que los buques de guerra holandeses que debían proteger el desembarque de la flota de transporte habían hecho fuego sin bala contra las baterías suecas de la playa. La escuadra sueca, en cambio, apenas molestada por los buques holandeses, estuvo en todas partes, efectuando desembarques en puntos siempre diferentes de la costa de Jutlandia, destruyendo los almacenes, pontones y transportes de los aliados dondequiera que los encontraba, sin que los aliados pudiesen defenderse. Para hacer una última tentativa contra la Fionia reunió el elector en Aarhus en Jutlandia y en otros puertos vecinos un gran número de embarcaciones, para hacer con ellas simultáneamente en diferentes puntos un desembarque decisivo, debiendo llevar seis buques de guerra dinamarqueses la flota de transporte al punto designado; pero en el trayecto la expedición fué sorprendida cerca de Ebeltoff por la escuadra sueca, que, superior en número, apresó varios buques de guerra dinamarqueses y los de transporte y quemó la mayor parte de estos, haciendo prisioneros algunos centenares de soldados imperiales y brandeburgueses. Esta grandísima pérdida convenció al elector de que debía renunciar a toda esperanza de conquistar la Fionia y de atacar al enemigo por este lado.

Entonces tomó la guerra otra dirección. Fué la política austriaca y no la brandeburguesa la que emprendió el ataque a la Pomerania sueca, con lo cual dió a la guerra un nuevo giro (2), y en su consecuencia en agosto de 1659 avanzó desde la Silesia en dirección a la Pomerania un segundo ejército imperial bajo el mando del general Souches, el cual se dirigió luego contra Stettin y cercó esta plaza. Poco después se pusieron también en marcha desde la Jutlandia el elector Federico Guillermo y Montecúculi con la mayor parte del ejército aliado y se presentaron en Pomerania.

Carlos Gustavo, que no había contado con un ataque por este lado, no tardó en saber que la mayor parte del país estaba en poder de los aliados; solo Stettin, Stralsund y algunas otras ciudades de menos importancia hicieron resistencia; y como por aquel tiempo los polacos se apoderaron también de la mayor parte de las plazas que hasta entonces habían conservado los suecos en la Prusia occidental, salvo Marienburg y Elbing, y como los suecos volvieron a perder la Curlandia, conquistada el año anterior por Douglas, la situación militar de Carlos Gustavo a fines del año se halló muy comprometida. Los confederados de la liga del Rhin se opusieron decididamente a toda extensión de la guerra a los territorios situados al otro lado del Elba; protegieron los territorios suecos de Bremen y Verden (3); pero la suerte del poderío de la Suecia en el imperio alemán no estaba

(2) Véase sobre esto la correspondencia del elector con el emperador Leopoldo y los generales Montecúculi y Souches en los *Documentos y actas*, tomo VIII, págs. 390 y siguientes. Montecúculi dice en sus memorias (ed. de Amsterdam, 1752), pág. 82, que él había indicado por motivos puramente militares la conveniencia de la expedición a la Pomerania como único medio de acercarse a la Fionia, en la cual no debía entrarse por Middelfahrt, sino por la Pomerania, cuya idea fué aprobada.

(3) Kocher: *Historia de Hannover y de Brunswick*, tomo I, página 282.